

HISTORIA Y LITERATURA, DOS DISCIPLINAS COMPLEMENTARIAS

Margarita Alegría*
Graciela Sánchez Guevara**

Introducción

De acuerdo con Françoise Perus tanto historiadores como literatos tienen que confrontar y traducir la realidad, y no existe una demarcación nítida entre los textos literarios y los no literarios. Desde este punto de vista las relaciones entre historia y literatura podrían concretarse en un intercambio de información. Las obras literarias representarían para el historiador un tipo de “documento” particular, tal vez poco fiable por su carácter ficticio; pero que plasma experiencias cotidianas, costumbres y creencias que conforman el imaginario cultural; para el literato, en cambio, la historia proporciona los elementos informativos necesarios para el esclarecimiento de aspectos referenciales respecto de las obras estudiadas. La relación de “buena vecindad” entre historia y li-

teratura se confirma, a decir de Perus, por la existencia de la historia de la literatura.¹

Por otro lado, la literatura se analiza a partir de propuestas semióticas-discursivas y estructuralistas, con apoyo en la lingüística, mismas que parecen ayuda idónea para la redefinición de objetos y métodos del historiador actual que busca otras alternativas diferentes a la historia económica, social y política, para adecuarse a las manifestaciones culturales. Con base en dichos métodos, se considera que todo es “signo”, “texto” o “discurso”, incluida la historia.

A partir del deslinde entre la concepción tradicional de la historia entendida como “relato de sucesos memorables” ocurridos en el pasado cercano o remoto, y la moderna acuñada entre los siglos XVIII Y XIX, de una disciplina abocada a la reconstrucción y explicación “objetivas” de acontecimientos y procesos del pasado, surge según Perus, la problematicidad de los vínculos entre historia y literatura.²

* Profesora-investigadora del Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

** Jefa del Departamento de Planeación y Desarrollo Institucional, UAM-A.

1 V. Françoise Perus, (Com.), *Historia y Literatura*, México, 1994, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora (Antologías Universitarias. Nuevos enfoques en Ciencias Sociales), pp. 7-8.

2 V. *Ibid.*, p. 10.

Las discusiones que se dieron desde el momento de la aplicación de estas teorías, han dado lugar a una serie de separaciones y especializaciones en un terreno en que antes confluían la reflexión histórica, la filosófica y la de las “bellas letras”; dichas discusiones trajeron consigo la redefinición de lo que debía entenderse como literatura en sentido estricto.

Con base en las nociones de universalidad y “perennidad”, se les niega a las obras literarias su historicidad concreta; porque son consideradas como transhistóricas. El estructuralismo, por otro lado, pretendió haber encontrado los fundamentos para darle a la literatura carácter científico. El lenguaje se convertía así en materia, objeto y fin de la escritura, finalmente en el terreno del análisis literario la proyección de los conceptos, las reglas y los métodos propios del estudio del sistema abstracto de la lengua sobre el enunciado, (incluida la dimensión semántica) tuvo como resultado una multiplicación de métodos que entendían el texto como serie de enunciados vinculados entre sí por sistemas de oposiciones y semejanzas entre unidades más o menos discretas. Dichos

métodos consideraban que los textos podían ser descritos sin tomar en cuenta ni el contexto en que fueron escritos, ni las características de quien los escribió. Estudios de esta naturaleza reforzaron la descontextualización y la supuesta ahistoricidad de los textos literarios.

Carácter de la Literatura

Hubo también intentos de devolverle al texto literario su historicidad concreta con base en el materialismo histórico y la noción de ideología, elementos que permitían relacionar los textos y los procesos literarios con estructuras y procesos históricos, y con sujetos colectivos o sociales; pero esta tendencia, que genéricamente se denominó sociología de la literatura, llevó a los mismos excesos que el estructuralismo, ya que la ideología llegó a ser considerada como el elemento justificativo de todos y cada uno de los demás de la obra.

La supuesta diferencia entre estas tendencias es que una enfoca la forma y otra el contenido, pero además de que hay puntos de contacto entre ellas, las dos dejaron huella en cuanto a la frontera entre historia y literatura. Como consecuencia ahora la que no parece precisa es la idea misma de sentido y significación, debido a una imposibilidad de localizar en tiempo y lugar concretos los referentes de las obras literarias, lo que trae como consecuencia la imposibilidad de precisar la identidad

de los sujetos del mundo literario. Además la noción de “relato” es compartida por ambas disciplinas. Relatos ficticios, los literarios y memorables, los históricos. Relatos en todas las ciencias humanas y sociales; porque “la información que ellas manejan está siempre inserta en espacios y temporalidades



Amorcillo de la mesa de altar

que le son propios y es parte de configuraciones semánticas y culturales específicas".³

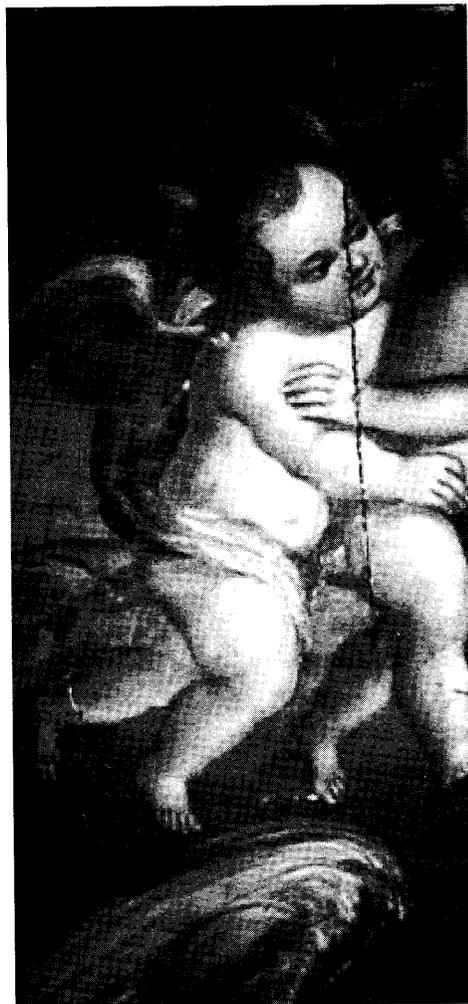
En virtud de que el investigador, tratando de restituir al objeto de estudio estas características, encuentra otras temporalidades, delimitaciones y conceptualizaciones, estará realmente considerando las condiciones de producción y de recepción de los textos.

Es precisamente en esa confrontación entre realidades distintas con sus inherentes continuidades y discontinuidades propias de la dinámica cultural,⁴ que se propician múltiples operaciones de traducción. El objeto de estudio se enfoca en el contexto del tejido histórico y cultural que tiende a renovarse en función de las exigencias del presente en que se realiza la investigación; y es prácticamente imposible conseguir lo que se proponían los historiadores positivistas respecto a mostrar los hechos como realmente sucedieron, sin interdependencia alguna entre el historiador y su objeto de conocimiento, con imparcialidad no sólo en el sentido corriente en cuanto a superar diferentes emociones, fobias o predilecciones al presentar los

acontecimientos históricos; sino también de rechazar todo condicionamiento social en la percepción de los acontecimientos.⁵ En este caso estamos más de acuerdo con la teoría presentista iniciada por B. Croce y John Dewey para quienes el historiador "piensa" la historia de acuerdo con las condiciones de producción de su discurso histórico y con las formaciones sociales a las que pertenece.

Como lo real es finalmente la formalización a través del lenguaje de una relación específica entre la experiencia, el ámbito de actividad más o menos acotado en que tiene lugar, y la concepción que de éste tenemos, y tanto la historia como la literatura han aspirado a la suma integradora de experiencias vitales, individuales y colectivas, la frontera entre estas dos disciplinas parece diluirse.

En relación con el carácter más "objetivo" de la historia por estar más ceñida a la realidad; frente al subjetivo propio de la literatura, por ser ésta ficción, de acuerdo con Michael de Certeau en realidad toda interpretación histórica depende de un sistema de referencias; que no deja de ser una "filosofía"



Detalle de la Anunciación

³ *Ibid.*, p.14.

⁴ V. Yuri M. Lotman, *Cultura y explosión. Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social*, prolog. Jorge Lozano, Barcelona, Gedisa, 1999 (Sociología/ Semiótica) caps. 3, 4, 5.

⁵ Adam Schaff, *Historia y Verdad*, Enlace Grijalbo, México, 1974, *Passim*.

implícita particular, relacionada con la subjetividad del autor;⁶ señala también que sobre el fondo de la totalidad de la historia destacan una multitud de filosofías individuales: las de unos pensadores que se visten de historiadores; según él toda, doctrina histórica que reprima su relación con la sociedad es abstracta y el discurso que la exprese, al no hablar de su relación con el cuerpo social, no puede articular una praxis, por lo que deja de ser científico; pues es la relación con el cuerpo social, precisamente, el objeto de la historia, y no puede abordarse sin poner en tela de juicio el propio discurso histórico, inanalizable independientemente de la institución en función de la cual se organiza. Así, un texto histórico es, de acuerdo con este autor, un estudio particular que se definirá por la relación que sostenga con otros contemporáneos.

Además la historia se escribe en ámbitos que posibilitan ciertas investigaciones pero imposibilitan otras, lo que excluye del discurso aquello que en un momento dado desempeña el papel de censura en relación con los postulados de cierto análisis concreto de los hechos históricos. Por otro lado, al concretarse en discurso, la historia se somete a las condiciones sociales de producción del mismo. El historiador, entonces, traduce un lenguaje cultural a otro al referir el quehacer de la sociedad a través de un discurso verbal; pero hay una serie de libros de historia que, al volverse legendarios y novelescos, ya no producen transformaciones en el campo de la cultura. El literato, en cambio, aplica su trabajo fundamentalmente sobre la lengua, pero al hacerlo pone en “escena” un mundo en que se mueven seres en un contexto social determinado, que reorganizó a partir de espacios reales por él conocidos.

En la obra literaria hay un tema que se concreta a través de un lenguaje bivalente poblado de imágenes y que hace referencia a elementos de naturaleza social y psíquica “aunque literalmente organizados, que se manifiestan históricamente y hacen de la literatura un aspecto orgánico de la civilización”,⁷ por lo que podemos considerar esta disciplina como “un sistema simbólico, por medio del cual las veleidades más profundas del individuo se transforman en elementos de contacto entre los hombres y de interpretación de las diferentes esferas de la realidad”.⁸

La literatura es incluso un fenómeno civilizatorio si se considera la continuidad literaria que define los lineamientos de una tradición; porque las obras, señala atinadamente el crítico brasileño Antonio Cândido, no surgen por sí solas sino en el contexto de un determinado momento en que se articulan patrones de pensamiento y comportamiento, de los cuales la literatura misma llega a formar parte al grado, en ocasiones, de ser elemento determinante en la conformación de la realidad social. Tal es el caso, por ejemplo, de las literaturas románticas iberoamericanas en las construcciones nacionales, hecho que incluso a veces trajo como consecuencia la desorientación de los escritores en el terreno estético. Al respecto dice Cândido: “Como no hay literatura sin huida de lo real, y tentativas de trascenderlo por medio de la imaginación, los escritores se sintieron frecuentemente inhibidos en el vuelo, perjudicados en el sentimiento de la fantasía por el peso de sentimiento de misión...”⁹

Por otro lado, también señala este autor que el punto de vista histórico es uno de los más legítimos para estudiar literatura, si se considera que las obras se articulan en el tiempo incorporándose al

6 Cfr. Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 2ª. ed., trad. Jorge López Moctezuma, Universidad Iberoamericana, México, 1993, p. 33 y sig.

7 Antonio Cândido, *Conjuntas. Teorías y enfoques literarios recientes*, Alberto Vital edit., UNAM/Universidad Veracruzana, México, 1996, p. 308.

8 *Loc. cit.*

9 *Ibid.* p. 311.

patrimonio de la civilización. por lo que es conveniente tomar siempre en cuenta las condiciones históricas en que el texto literario se produjo. Esta operación nunca debe llevar a reducir la literatura a una parte del estudio más amplio sobre la sociedad tomando las obras, indebidamente, "como meros documentos y síntomas de la realidad social",¹⁰ por lo que Cándido recomienda no sólo investigar acerca del contexto cultural en que una obra se produjo, sino procurar el estudio de cada autor en su integridad estética. Esto no marca, señala, un divorcio entre esa disciplina y la histórica, porque una crítica equilibrada debe procurar mostrar que son parte de una explicación de la totalidad de la obra. Atinadamente apunta este autor que toda crítica viva parte de la impresión para llegar al juicio; y la historia, dice, no escapa a esta condición, así que el trabajo constructivo del crítico exige investigación, información y exégesis, como producto de las cuales resultan el reconocimiento y definición de los valores de la obra tanto en el terreno estético como en el humano en general.

Como vemos, historia y literatura son dos disciplinas que se tocan porque ambas usan el discurso narrativo, se vinculan de manera más o menos estrecha con la realidad social, forman parte y coadyuvan a la formación del patrimonio de la civilización y, además, se complementan para su estudio. En el caso concreto de este artículo, conviene destacar el texto literario como documento y síntoma de la realidad social.

Finalidad de la historia

La preocupación del hombre por conocer su pasado ha tenido siempre el objetivo de que éste se

conozca a sí mismo y su circunstancia, con el fin de orientar sus acciones futuras. Los antiguos dejaron el resultado de esas preocupaciones en textos mitológicos y religiosos, ya que eran Dioses y todo género de fuerzas sobrenaturales los que regían las acciones humanas. El contenido mítico-religioso no está ausente en las obras de Herodoto, historias que relatan e intentan explicar las Guerras Médicas; aunque la historia desde entonces pretendió analizar la verdad de los sucesos y sus razones, fue así que por mucho tiempo todos los esfuerzos se concentraron en encontrar métodos que aseguraran la verdad acerca del hecho histórico.

En el contexto de la reconciliación de lo divino con lo humano, la historia deviene en maestra cuyo fin principal es la sabiduría. Hugo Blair, estudioso de la retórica y la preceptiva literarias en el siglo XVIII, cuando estas disciplinas tuvieron influencia en áreas que hoy se consideran ajenas a ellas, como la historiografía, señaló que la historia se inventó para suplir la falta de experiencia,¹¹ por lo que añade que esta disciplina considerada en general, es un recuerdo de la verdad para instrucción de los hombres. Nuestros pensadores hacen suyas estas ideas. José María Vigil y Juan Híjar, por ejemplo, pensaban que "la historia ha sido considerada como la gran maestra de los pueblos, porque teniendo por objeto dar a conocer los hechos y las causas que los han producido, presenta en un cuadro más o menos extenso y circunstanciado, a los hombres nobles por sus virtudes y por sus vicios, que han ejercido en la sociedad una influencia saludable o maléfica".¹² Hay que recordar además que historia y literatura no eran consideradas en aquel tiempo como dos disciplinas distintas, el escritor Francisco Or-

¹⁰ *Ibid.* p. 313.

¹¹ V. Hugo Blair, *Lecciones sobre la retórica de las bellas letras*, trad. del inglés José Luis Unarriz, 4ª. ed. Aumentada con el tratado del sublime por Casio Longino, trad. de Boileau por Agustín García Arrieta, Imprenta de Galván, México, 1834.

¹² *Ensayo histórico del ejército de Occidente*, Ignacio Cumplido, México, 1874, p. V.

tega, por ejemplo, inicia su ensayo "Sobre el porvenir de la literatura" expresando que "en ninguna de las épocas del mundo civilizado se ha cultivado la literatura con más generalidad que en la presente. La historia, la biografía, la crítica, la novela, la poesía dramática, la lírica, todos los ramos de las bellas letras se enriquecen diariamente de una manera asombrosa".¹³

En época más reciente, los historiadores se plantearon el problema del propio concepto de verdad aplicado al conocimiento del pasado. No se trataba ya de encontrar la receta infalible para saber lo que en verdad sucedió; sino de indagar si realmente era posible tener certidumbre respecto al pasado y acerca del sentido que para el historiador tiene conocerlo. Todos los investigadores que trabajaban en este sentido, seguían la corriente historicista de acuerdo con la cual ningún problema histórico es ajeno al concepto de verdad, pero ponían ésta en tela de juicio por lo que negaban a la historia la utilidad práctica: la capacidad de prever el futuro, al reconocer el carácter contingente de los sucesos.

El historicismo, sin embargo, no niega la existencia de las verdades, sólo las ve como relativas e históricas; es decir, las verdades de cada época y de cada grupo o persona, por medio de ellas podemos entender a los hombres que las enunciaron y las consideraron como tales. A través del conocimiento de textos históricos, el lector actual pue-

de formarse una idea de lo que fueron los antepasados, y hasta manifestarse a partir de ese conocimiento respecto a su presente, porque sólo existe en la conciencia de los hombres un aquí y ahora. La razón de estudiar la historia es entonces para el historicista la de conocerse el hombre a sí mismo y su circunstancia, para ser consciente de su realidad. En otras palabras, revisar la historia devela la condición humana y ayuda a que el hombre, merced a ese conocimiento, esté más capacitado para una acción definida en su vida tanto individual como social.

En el contexto de este nuevo enfoque surgió en México la preocupación por encontrar otra forma de estudiar la historia, enfoque que tampoco se desvincula del devenir histórico-social. Cuando inicia la Revolución de 1910, tiene lugar un amplio movimiento cultural que pone en auge la historia de las ideas.

Bajo el impulso de generar una cultura que expresara la vida de este país, la Generación del Ateneo, por ejemplo, se preocupa por develar nuestras raíces. Las condiciones del México a que nos referimos, propiciaban la investigación histórica colectiva.

Se ha señalado que el surgimiento de la historia de las ideas en esa época está íntimamente ligado a las tendencias culturales generales de que forma parte, como es la preocupación de los filósofos por definir la mexicanidad. Historicismo y existencia-lismo se daban la mano en la realización de investigaciones históricas en que las ideas se estudiaban como expresiones e instrumentos utilizados por hombres concretos, en determinadas situaciones reales.

La historia, como la obra literaria, no surge por sí sola; es producto también de la articulación, por



¹³ José Ortiz Monasterio «Retórica, preceptiva literaria e historia en Vicente Riva Palacio» en *De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos siglo XIX*, Jorge Ruedas de la Serna, coord. UNAM, México, 1998. P. 179.

medio del discurso, de los sucesos acaecidos en diversos momentos en uno o más contextos en que se articulan patrones de pensamiento y comportamiento que dan lugar a su desarrollo. Producida en forma discursiva, la historia queda configurada por el sistema en que se elabora.

Lo importante de considerar en estas operaciones que el historiador realiza al darle discursividad al hecho histórico, es que su ideología determina la elección de los acontecimientos sobre los que va a historiar, la ponderación de un punto de vista sobre otro, y la selección de los enunciados con los que construirá el discurso, así como las estrategias de presentación del mismo, procedimientos en los cuales necesariamente se infiltra su formación ideológica.

El modelo tradicional para hacer historia tenía que ver con las búsquedas en archivos y la reunión de vestigios del pasado (manuscritos, piezas raras, etc.) en número limitado. Se trataba de extraer la diversidad de estos documentos y luego unificarla en una comprensión coherente; pero el valor de esas totalizaciones dependía de la cantidad y fidelidad de la información recogida, y quedaba en tela de duda si esa base documental era rebasada en posteriores estudios; por eso la investigación actual ya no parte de los restos del pasado para llegar a una síntesis como producto de su comprensión coherente; sino de una formalización (sistema presente), para dar cabida a unos "restos" (indicios de límites y, por tanto, de un "pasado" que es producto del trabajo). El historiador no aspira ahora al paraíso de una historia global, circula alrededor de racionalizaciones adquiridas para convertirse en un "moderador" que da entrada a diversas "voces": la brujería, los mundos de arra-

bal, la locura, el carnaval, la literatura. La historia ya no tiene, entonces, la función totalizante de que habíamos hablado; sino que transfiere a su terreno los modelos sociológicos, económicos, psicológicos o culturales, interesándose por las manifestaciones complejas de sus diferencias; pero se establece en un lugar que puede ser llamado todavía, en forma prioritaria, "hecho" o "acontecimiento". La relación con la realidad, es importante hacerlo notar, pasa a ser "una operación entre los términos de otra operación".¹⁴

En estos términos el hecho se puede definir como la designación de una relación, lo que manifiesta ya una manera histórica de revitalizar los modelos tomados de otras disciplinas, y situar con respecto a las mismas la función de la historia.

Todo verdadero historiador, "no deja de ser un poeta del detalle y juega incesantemente, al igual que el esteta, con las mil armonías que una pieza rara despierta en una red de conocimientos";¹⁵ sobre todo, porque los formalismos dan hoy una nueva pertinencia al detalle que constituye la excepción.

En este nivel en que parece diluida la frontera entre literatura e historia, es perfectamente comprensible la importancia de los textos poéticos, narrativos o dramáticos como documentos para el estudio de la disciplina histórica. Tanto los textos históricos como los literarios se expresan a través del discurso, reflexionemos ahora acerca de éste.



14 V. Perus, op. cit., «Historia, historicismo y lógica social del texto en la Edad Media», Gabrielle M. Spiegel, p. 150 y sig.
15 *Ibid.*, «La operación histórica» Michel De Certeau, p. 62.

La discursividad

Podemos entender el discurso como un conjunto de prácticas ideológicas y de determinados actos de habla¹⁶ en el contexto de una coyuntura socio-política y cultural determinada. Este concepto implica la existencia de formaciones discursivas e ideológicas en el seno de determinadas condiciones sociales de producción del discurso, formaciones que parten siempre del sujeto enunciador del mismo. En el caso de las formaciones discursivas, se trata de entidades constituidas por un número limitado de enunciados, con los cuales se define un conjunto de condiciones de existencia. Esto es que en el contexto de una situación sociopolítica y cultural concreta, sólo pueden ser producidos ciertos enunciados y no otros. La formación discursiva determina así, lo que puede y debe ser dicho.¹⁷

En todo discurso operan formaciones discursivas propiamente dichas, formaciones ideológicas y formaciones imaginarias; ya hemos hablado de las primeras. Las ideológicas tienen que ver con los sistemas de pensamiento, de creencias o de prácticas simbólicas, de acuerdo con Thompson,¹⁸ quien considera la ideología esencialmente encadenada al proceso de sostenimiento asimétrico de relaciones de poder; en otras palabras, al proceso de sostenimiento de dominación.

Para Julieta Haidar en el concepto de ideología se sintetiza dos puntos de vista: el de Althusser, quien lo ve como proceso de deformación y ocultamiento de la realidad social, y el de Gramsci para quien, en sentido amplio, es la forma en que los hombres toman conciencia de los conflictos de

acuerdo con una concepción del mundo que se materializa en prácticas sociales; por lo que para esta autora, el fenómeno ideológico es un proceso complejo en el que existen dos funcionamientos entre los cuales no puede haber separación porque establecen un *continuum* dialéctico.¹⁹

La ideología es, finalmente, un hecho de lengua porque a través de ella se materializa, y al ser el lenguaje un medio social de comunicación, sus múltiples usos se intersectan con el poder, lo nutren, sostienen y decretan. Por su parte, las formaciones imaginarias son las construcciones que el sujeto hace a partir de una realidad dada.

Considerados todos los elementos que tienen que ver con el discurso, conviene ahora referir los diferentes sistemas de control discursivo de acuerdo con Michel Foucault, quien para elaborar su tipología toma en cuenta tanto la relación del sujeto²⁰ de la enunciación como la de lo enunciado, con el poder.²¹

El primer sistema de control lo constituyen los procedimientos externos de exclusión como las prohibiciones, la separación y el rechazo, y la voluntad de verdad. Esto es que no cualquiera puede hablar de cualquier cosa en cualquier circunstancia, que hay ciertas formas de discurso que se marginan por no estar dentro de determinada institucionalidad, misma que se legitima por una "verdad" que lo es en función de la voluntad oficial.

Otro sistema de control lo constituyen los procedimientos internos que son el comentario, el autor y las disciplinas. El primero se refiere a la existencia de ciertos discursos que permanecen en función de su propia repetición, lo que limita el azar

16 V.J.L Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*, comp.J.O. Urmson, Buenos Aires, Paidós, 1962.

17 V. Michel Pecheux, *Les vérités de la Palice*, François Maspero, Paris, 1975, *passim*.

18 John B. Thompson, *ideología y cultura moderna*, Trad. de Gilda Fantinati C., UAM-Xochimilco, México, 1990, *passim*.

19 V. Julieta Haidar, *Discurso sindical y proceso de fetichización*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1990 (Colección científica)

20 Considerado como el individuo sujetado por su religión, su sexualidad, su historia o su propio discurso

21 V. Michel Foucault, *El orden del discurso*, Tusquets editores, Barcelona, 1980 (Cuadernos marginales, 36).

discursivo, en virtud de que el discurso construido en el contexto de una coyuntura sociopolítica o cultural determinada, es repetido incesantemente.

Por su parte el autor como principio ordenador del discurso, también limita el azar a través de su propia individualidad. La validez del discurso está ligada, por otro lado, al autor que lo produce.

Las disciplinas, otro de los sistemas, controlan la producción del discurso al imponerle exigencias para ser considerado como verdadero, caso concreto el discurso histórico.

Un último sistema lo constituyen los procedimientos que seleccionan a los sujetos que hablan, como el ritual que define qué características deben tener los signos y el contexto del discurso. Un sacerdote, por ejemplo, debe tener esa investidura, utilizar el lenguaje propio de la mística religiosa, y enunciar el discurso en el atrio de una iglesia.

Las "sociedades de discurso" implican que algunos discursos sólo puedan ser actualizados por un cierto número de individuos que pertenezcan al grupo en cuestión. Este sistema de control impide que algunas aportaciones femeninas, por ejemplo, sean tomadas en cuenta en sociedades "machistas" hasta que un hombre las haga suyas.

Otro sistema está conformado por las doctrinas que aseguran la pertenencia del sujeto a cierto grupo, y dejan fuera enunciados no considerados válidos o admisibles por haber sido expresados por sujetos que están fuera de la doctrina. Los suyos son de hecho, discursos excluidos. Este es el caso del discurso revolucionario, por ejemplo.

Controlan también "las adecuaciones sociales" de acuerdo con las cuales, sólo son aceptados los discursos que se adecuen a los saberes y poderes propios de determinadas formaciones sociales. Las obras de algunos escritores, por ejemplo, no son consideradas propiamente literarias por esta razón, como es el caso de las de Luis Spota.

A partir de estas especificaciones podemos tipificar los discursos en institucionales y no institucionales; dentro de los primeros están, por ejemplo: el político, el religioso, el pedagógico, el científico, el periodístico, el histórico y el literario. Los no institucionales se marginan por salir

de la oficialidad, ejemplo de estos son el discurso de los considerados locos, y el de los chavos banda, entre otros.

El institucional es un tipo de discurso reconocido oficialmente por algún aparato ideológico como la escuela, la religión, los medios masivos de comunicación o la familia; por su carácter, presupone la voluntad de verdad que realmente enmascara, pues es la que está en juego y no la verdad misma. Este tipo de discurso se caracteriza también por las prohibiciones y separaciones a las que nos hemos referido.

Para Roland Barthes el discurso histórico es "esencialmente elaboración ideológica y supone una doble operación: poner dentro del discurso un referente (hecho histórico) que originalmente estaba separado de él, ubicándolo en el tiempo en que se gestó, y nombrar este referente y sus circunstancias por medio de significantes: concretarlo en signos lingüísticos que permitan su aprehensión por los receptores".²²

Por su parte, el discurso literario refiere o exalta hechos que suceden en la ficción, aunque hayan sido extraídos de la vida real. Se inventan unos, y otros se reinventan; en este caso hay una elaboración retórica que busca la estética y la originalidad; pero subyace también una formación ideológica propia del autor.

El referente de la obra literaria, como ya se dijo, puede ser inventado: totalmente ficticio, o reinventado a partir de un hecho real. Siguiendo a Jean Pierre Faye²³ la narración literaria, por ejemplo, construye una "idea falsa" porque goza de todas las libertades, pudiendo incluso concebir "una mosca infinita", un "alma cuadrada" y (añadimos nosotras) un espacio virtual propio del ámbito

22 Roland Barthes, «El discurso de la historia» en *Estructuralismo y literatura*, José Szabón, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1970, p. 95.

23 V. Jean Pierre Faye, *La crítica del lenguaje y su economía*, s.e.,s.l., 1973 (Comunicación lingüística y crítica literaria).

cibernético. En el caso de las obras literarias de carácter histórico que se inspiran en un hecho o acontecimiento realmente sucedido, el autor puede reinventar espacios, personajes, ambientes, e incluso acciones.

Un elemento importante al aludir a los discursos histórico y literario es el criterio de verdad. Ya hemos dicho que originalmente la historia se preciaba de ser poseedora de ella; pero también ya vimos que la verdad es una para éstos y otra para aquéllos, tan es así que la voluntad de verdad es una característica de los discursos institucionales que enmascaran la realidad. Por su parte, el discurso literario lo que debe conseguir es la verosimilitud que consiste en hacer creíbles las acciones, los espacios y los personajes; así como el devenir temporal, sea este lineal o subjetivo.

No obstante lo anterior, la historia como discurso institucional puede trastocar un tanto la realidad en función de la voluntad de verdad, y la literatura, a pesar de ser ficción, puede rescatar elementos de la realidad histórica o cotidiana. Lo histórico referido en este caso a acontecimientos oficialmente reconocidos como parte del devenir de una determinada sociedad, y lo cotidiano como revelador de costumbres y creencias que pueden ayudar a reconstruir las mentalidades que la conformaron en un momento dado.

Las obras literarias, así, pueden convertirse en documentos para el estudio de la historia ya sea

oficial o de las mentalidades; por lo que en este artículo nos proponemos revisar algunos ejemplos valiéndonos del análisis discursivo.

De la literatura a la historia



Querubín del retablo principal

Ignacio Rodríguez Galván, uno de los primeros románticos mexicanos, escribió hacia 1839 el poema “Profecía de Guatimoc”, en él exalta la figura de Cuauhtémoc en un momento en que era importante construir héroes que personificaran la nación. Genera el poeta un discurso retórico institucional en cuanto a que se inserta en el contexto de la preocupación nacional por la soberanía y la identidad; pero además este elemento histórico se vierte en un molde religioso, y adopta también el discurso propio de la ideología judeocristiana.

Cuauhtémoc es invocado en lo que parece ser un sueño del poeta. Como Cristo resucita, para analizar en diálogo con el escritor la historia pasada y reciente de México y profetizar con un discurso eminentemente bíblico, (comentario que permite la reproducción ideológica del discurso religioso) a quienes habían hecho y seguían haciendo daño a México:

[...]

El que del infeliz el llanto vierte
amargo llanto verterá angustiado,
el que huella al endeble, será hollado;
el que la muerte da, recibe muerte;
y el que amasa su espléndida fortuna
con sangre de la víctima llorosa,
su sangre beberá si sed lo seca,
sus miembros comerá, si hambre lo acosa²⁴

Con esta sentencia el autor abarca a los españoles, a los norteamericanos que ya mostraban su avidez por invadir territorio mexicano, y al propio Antonio López de Santa Anna, quien victimaba a su pueblo en tiempos del autor.

Se entrecruzan en este poema el discurso retórico propio de la poética de la sublimidad,²⁵ el romántico en virtud del cual el poeta ensimismado busca, a través del sueño, el contacto con la divinidad,²⁶ el religioso como ya se mencionó y, por supuesto, el histórico en referencia directa a Cuauhtémoc y la Conquista, por ejemplo; o indirecto enmascarado en referencia a Santa Anna, pues se trata, en este caso, de un discurso prohibido en la época del autor. Léase sí no:

[...]

Y en palacios fastuosos

el infame traidor, el bandolero,
holgando poderosos,
vendiendo a un usurero
las lágrimas del pueblo a vil dinero.

El asesino insano
los derechos proclaman
debidos al honrado ciudadano,
y más allá rastrero cortesano

que ha vendido su honor,
honor reclama.

[...]

Una no firme silla
Mira sobre cadáveres alzada²⁷



Querubín de la peana de la Virgen del Rosario.

El infame traidor que habita esos palacios fastuosos, tiene un referente claro en la figura de López de Santa Anna. Otra finalidad de este discurso es apuntalar la identidad nacional mexicana en ciernes.

El poema de Ignacio Rodríguez Galván al que acabamos de referirnos reinventa a Cuauhtémoc revistiéndolo de religiosidad cristiana. Por su parte, Guillermo Prieto, (1818-1897) contemporáneo de Rodríguez, escritor romántico como él, autor de libros de historia tales como: *Lecciones de historia patria*; también reinventa personajes y acontecimientos en *El Romacero Nacional*; pero refleja micro historias y mentalidades en

sus poemas de *La musa callejera*, en cuyo tomo II escribe por ejemplo una "Letrilla" que revela el afrancesamiento del pueblo mexicano en su época,

24 Ignacio Rodríguez Galván, *Obras*, t. I, ed. facsimilar, prolog. y apéndice, Fernando Tola, UNAM, México, 1994, (Al siglo XIX, ida y regreso) p. 129

25 V. Balir, op. cit., t.4, adendo de Dioniso Casio Longino.

26 V. Albert Begin, *El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*, Mario Monteforte Toledo, rev. Antonio y Margritte Alatorre, México, FCE, 1992 (Sección de lengua y estudios literarios).

27 *Ibid.*, p. 125.

y cuyo estribillo es: “ ya vino el güerito, me alegro infinito/ ¿Hay, hija? Que gusto que vino el francés”.²⁸

En ese mismo tono refleja el autor la mentalidad de ciertos jóvenes de la época en el poema “Los Nenes”.

Retorcido bigotito,
que son dos colas de rata,
no tiene en vestir prurito
ni en el guante ni en la corbata,
el amor le importa un pito
porque su amor es la plata,
por ella anda y va y viene,
¡y es un nene!....

[...]
Nunca fue Don Juan Tenorio
como él en las aventuras,
diez veces pidió casorio
he hizo rabiarse a los curas;
en almas del purgatorio
tomó cincuenta hermosuras
en quienes sucesión tiene...
¡Y es un nene!...

[...]
La amistad es un contrato
de que el vivo saca raja
y en que sólo un mentecato
por el amigo trabaja;
¡Amistad! Bueno es un rato
entre el vino y la baraja,
para más...no le conviene,
¡Y es un nene!²⁹

Por último citaremos un fragmento del Romance titulado “Rompimiento amoroso”, en éste podemos apreciar la mentalidad de la época respecto a lo que se requería de una mujer para llegar a casarse con ella:

Señora, no nos conviene
tener contratos de amor,
yo me llamo el reumatismo
y usted se llama la tos.
yo tengo por sueños de oro
y por dorada ilusión
una cómoda poltrona,
comer pollo con arroz
usar holgados zapatos
y ancho saco y pantalón,
[...]
yo quiero del bello sexo
cierta dulce sumisión,
cual tiene mi cuidadora
en mi tranquila mansión...

[...]
Usté, me dicen que tiene
empleado de sol a sol
su tiempo, en ir a la iglesia
y en volver; ya en la oración,
ya preparando menjurges
para el pelo y el color...
[...]
Señora...mía...y sin dueño,
no, por piedad; no, por Dios;
dejemos pompas mundanas,
cruz...cruz...el amante ardor,
y cada quien por su lado
busque del cielo favor
dejando sin inquilinos
nuestro triste corazón.³⁰

Ya en el siglo XX Martín Luis Guzmán, escritor nacido en Chihuahua en 1887, publicó la novela *La Sombra del Caudillo* en la que reinventa un hecho histórico claramente identificable.

Después de varios disturbios sucedidos en el país durante 1922 como reclamos de obreros en la capital, movimiento de inquilinos en Veracruz, huelga de la policía en el D.F. y huelga de tranviarios, entre otros; renunciaron los titulares de la Secretaría de

28 Guillermo Prieto, *Musa Callejera*, 3ª. ed. prologada por Francisco Monterde, Porrúa, México, 1985 («Sepan Cuantos», 198) 123-124 pp.

29 *Ibid.*, 132-133 pp.

30 *Ibid.*, p. 162.

Comunicaciones y Obras Públicas, la de Agricultura y Fomento, de la Industria y Comercio, y la de Guerra y Marina. Al de esta última, general Enrique Estrada lo sustituye el General Francisco Serrano. Serrano fue también jefe del Estado Mayor, ambos puestos los ocupó durante la rebelión delahuertista, surgida a raíz de la pugna entre Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles y Angel Flores, por suceder al Caudillo en la presidencia de la República. La relación entre la personalidad histórica de Serrano y el personaje central de la *Sombra del Caudillo*, la ha señalado entre otros Emilio Abreu Gómez en su libro *Martín Luis Guzmán. Un mexicano y su obra*, y en 1977, José Emilio Pacheco consideró la novela en cuestión como “El mejor reencuentro de lo ocurrido”³¹ refiriéndose a la matanza en que Serrano perdió la vida por haber pretendido a enfrentarse a Obregón, cuando éste intentaba reelegirse para suceder en el poder a Plutarco Elías Calles.

A través de esta novela Martín Luis Guzmán deja manifiesta la época histórica en que México era gobernado por caudillos revolucionarios que al llegar a la presidencia olvidaban los “ideales” que los habían impulsado a la lucha y, entonces, su interés iba encaminado fundamentalmente a monopolizar el poder político.

En el plano estrictamente histórico hubo dos caudillos: uno en el poder (Plutarco Elías Calles), y otro que pretendía volver a ocuparlo (Alvaro Obregón). Martín Luis Guzmán reinventa esa realidad, el caudillo es uno en su novela y no pretende reelegirse, sino continuar en el poder político a través de gobernantes impuestos por él. Este, según el propio autor, representa a Obregón.

En la novela Ignacio Aguirre (*alter ego* del general Serrano), convencido de que no tiene oportunidad de ganar la presidencia de la República a la que lo han postulado ciertos simpatizantes, prefiere disciplinarse al caudillo ofreciéndoselo como prueba de la amistad que los une, hecho que refleja los usos y

costumbres de la política mexicana, en virtud de los cuales la elección del candidato por el presidente en funciones no puede ser rebatida.

Serrano se consideraba como el mejor amigo de Obregón y su más cercano colaborador, además, los unía cierto parentesco, pues una hermana del primero estaba casada con uno de los del Caudillo; sin embargo, cuando la mayoría del Partido Nacional Revolucionario lo declaró candidato a la presidencia de la República oponiéndose a la reelección de Obregón, aceptó la propuesta. Tal vez porque no pudo tolerar que el Caudillo pisoteara la bandera de la no reelección, quizá porque la ambición de poder era en él mayor que el sentimiento de lealtad.

En el plano novelístico Ignacio Aguirre libra una verdadera batalla con sus partidarios, con el Caudillo, y con él mismo, tratando de convencerse y convencerlos de que no deseaba el poder; pero acaba aceptando la postulación. El triunfo de esa decisión por sobre la lealtad al gobernante en funciones, es reflexionado en la novela por Axkaná González, amigo de Aguirre con las siguientes palabras:

En el campo de las relaciones políticas, la amistad no figura, no subsiste. Puede haber de abajo a arriba conveniencia, adhesión, fidelidad y de arriba a abajo, protección afectuosa o estimación utilitaria. Pero amistad, simple sentimiento afectivo que una de igual a igual, imposible. Esto sólo entre los humildes, entre la tropa política sin nombre.

Jefes y guidores, si ningún interés común los acerca, son siempre émulos envidiosos, rivales, enemigos en potencia o en acto. Por eso ocurre que al otro día de abrazarse y acariciarse, los políticos más cercanos se destrozan y se matan...³²

En los hechos históricos, poco antes de hacerlo Serrano, proclamó su candidatura Arnulfo R. Gómez, apoyado por el Partido Antirreeleccionista. En la reinención histórica de Guzmán, el oponente

31 José Emilio Pacheco, «Huitzilac: crónica de una matanza», en *Proceso*, núm. 48, 1º. de octubre de 1977, p. 10.

32 Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, Cía General de ediciones, México, 1976, p. 57.

te de Ignacio Aguirre: Hilario Jiménez, no puede ser identificado con Arnulfo R. Gómez, puesto que él sí es apoyado por el presidente saliente; mientras que R. Gómez, como Serrano, fue rechazado, y ambos llegaron al acuerdo de tomar las armas para vencer al Caudillo reeleccionista al que calificaron como “el satán de la época”.

Las reuniones gomistas y serranistas para unificar los partidos no tuvieron éxito; pero en todos los círculos sociales y políticos se comentaba que se estaba preparando una sublevación contra el gobierno. Por el temor a ella dos de los caudillos más reconocidos en nuestro país: Alvaro Obregón y Plutarco Elias Calles, cometieron uno de los actos más vergonzosos de nuestra historia: la matanza de Huitzilac, en la perdieron la vida el general Francisco Serrano y sus acompañantes. En la novela de Guzmán, Aguirre aún no se decide a presentar batalla contra el Caudillo cuando éste “le madruga”.

Respecto a esta peculiaridad de nuestro sistema político, un dirigente de partido declaró:

Hay una mecánica peculiar que tiene que obligar al tapadismo, o lo que llaman otros, al madruquete: los intereses creados en la política mexicana son tantos; los grupos en pugna son tantos, las personalidades que se disputan el gran botín y el poder absoluto, tantas, que si un presidente consultara abiertamente ¿Qué le parece fulanito?, al día siguiente las tensiones serían tan fuertes que romperían la tensión superficial del PRI.

Entonces, forzosamente, para evitar que ese juego de tensiones pueda destruir la unidad del PRI, tiene que ser a fuerza de madruquete y aquí está, y al que no le guste que se vaya, es decir, el tapado es una necesidad fisiológica del PRI.³³

¿También madrugar al oponente era una necesidad fisiológica en la época en que gobernaban al país los caudillos revolucionarios? La experiencia

demuestra que sí, el general Serrano no previó que se le adelantarían, que “le madrugarán”.

En la reinvencción, Ignacio Aguirre no quiso vencerse de que atacar por sorpresa es el único recurso que les queda en México a quienes pretenden oponerse a los deseos del ejecutivo. A pesar de que el jefe de su partido le hizo ver con insistencia: “o nosotros le madrugamos al Caudillo, o el Caudillo nos madruga a nosotros”.³⁴

Con todo y que Aguirre reconoce “nos consta a nosotros que en México el sufragio no existe: existe la disputa violenta de los grupos que ambicionan el poder, apoyados a veces por la simpatía pública. Esa es la verdadera Constitución Mexicana; lo demás es pura farsa”³⁵ decide, bajo la influencia del traidor Julián Elizondo, que aún no es el momento oportuno para sublevarse. Consecuencia: lo madrugaron.

Como se ve a pesar de que la novela de Martín Luis Guzmán, al ser una reinvencción literaria de los hechos históricos, introduce elementos ficticios o mezcla diversos hechos reales, refuncionaliza un discurso político, que en el terreno de la realidad es un discurso excluido; refuncionalización que es posible gracias al carácter ficcional de la literatura que se constituye en una forma de enmascaramiento del mismo.

La sombra del Caudillo, como el propio autor lo declaró, refleja dos momentos históricos distintos: la rebelión delahuertista (1924) y la matanza de Huitzilac (1928), hecho con el que parece tener mayor relación. La novela ha sido considerada incluso como una crónica de ese suceso; sin embargo, su discurso no es institucional porque no tiene la voluntad de verdad; aunque ya vimos cómo se refuncionaliza el aspecto político del mismo, hay también un discurso retórico, bivalente, propio de los textos literarios, como se puede ver en este fragmento relativo a la aparición de Rosario, amante de Ignacio Aguirre, cuya existencia en la vida del ge-

33 Rigoberto López Quezada, *La lucha por la presidencia*, producciones Cabral, México, 1975, p. 38.

34 Guzmán, op. cit., p. 208.

35 *Ibid.*, p. 211.

neral Serrano no es comprobable ni interesa investigar:

Paseaba ella de un lado para otro, y la luz, persiguiéndola, la hacía integrarse en el paisaje, la sumaba al claro juego de los brillos húmedos y de las luminosidades transparentes. Iba, por ejemplo, al atravesar las regiones bañadas en sol, envuelta en el resplandor de fuego de su sombrilla roja. Y luego, al pasar por los sitios umbrosos, se cuajaba en dorados relumbres, se cubría de diminutas rodajas de oro llovidas desde las ramas de los árboles.³⁶

Dos disciplinas que se necesitan una a la otra, la literatura para contextualizar el aquí y ahora de la producción de sus textos, y la historia para rescatar testimonios de hechos reales reinventados o de microhistorias que la oficialidad no registra. Dos disciplinas que no tienen sólo una relación de “buena vecindad”; sino que se coquetean, se buscan, se complementan y se dinamizan mutuamente para sostener una relación de injerencia una en los asuntos de la otra.

Es por esto que hemos querido enfatizar aquí la importancia de la literatura como documento de estudio para la historia, con la doble finalidad de revisar algunos textos literarios que dan luz sobre acontecimientos históricos y de recordar al investigador que la lectura de textos literarios puede ser una herramienta excelente para revisar la historia.■

Bibliografía

Austín J.L., *Cómo hacer cosas con palabras*. comp. J. O. Urmsón, Paidós, Buenos Aires, 1962.
Barthes, Roland, “El discurso de la historia” en

- Estructuralismo y literatura*, José Sazbón, Ediciones Nueva Versión, Buenos Aires, 1970.
- Begin, Albert, *El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*, Trad. Mario Monteforte Toledo, rev. Antonio y Margit Alatorre. FCE México, 1992 (Sección de lengua y estudios literarios).
- Blair, Hugo, *Lecciones sobre la retórica de las bellas letras*. trad. del inglés José Luis Unarriz, 4ª. ed. Aumentada con el tratado de sublime por Casio Longino, trad. de Boileau por Agustín García Arrieta. Imprenta de Galván, México, 1834.
- Cándido, Antonio, *Conjuntos, Teorías y enfoques literarios recientes*, Alberto Vital edit. UNAM/Universidad Veracruzana, México, 1996.
- Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, trad. Jorge López Moctezuma, 2ª ed., Universidad Iberoamericana, México, 1993.
- Faye, Jean Pierre, *La crítica del lenguaje y su economía*, s.e., s.l., 1973 (Comunicación lingüística y crítica literaria).
- Foucault, Michel, *El orden del discurso*, Tusquets editores, Barcelona, 1980 (Cuadernos marginales).
- Guzmán, Martín Luis, *La sombra del caudillo*, Cía General de Ediciones, 1976.
- Haidar, Julieta, *Discurso sindical y proceso de fetichización*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1990, (Colección científica).
- López Quezada, Rigoberto, *La lucha por la presidencia*, Producciones Cabral, México, 1975.
- Lotman, Yuri M., *Cultura y explosión*. Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social, prolog. Jorge Lozano, Gedisa, Barcelona, 1999 (Sociología/Semiótica).
- Pacheco, José Emilio, “Huitzilac: crónica de una matanza” en *Proceso*, núm. 48 1o. de octubre de 1977.
- Pacheux, Michael, *Les vérités de la Palice*. Françoise Maspero, París, 1975.
- Perus, Françoise, (Com). *Historia y Literatura*. México, 1994, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora (Antologías Universitarias. Nuevos enfoques en Ciencias Sociales).
- Prieto, Guillermo, *Musa Callejera*. ed. prolog. Francisco Monterde. 3a. ed., Porrúa, México, (“Sepan Cuantos”, 1998).
- Rodríguez Galván, Ignacio, *Obras*. t. I, ed. facsimilar, prolog. y apéndice, Fernando Tola, UNAM, México, 1994, (Al siglo XIX, ida y regreso).
- Ruedas de la Serna, Jorge coord. “Retórica, preceptiva literaria e historia en Vicente Riva Palacio” en *De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos siglo XIX*. UNAM, México, 1998.
- Schaff, Adam, *Historia y verdad*. México, Enlace Grijalbo, 1974.
- Thompson, John B., *Ideología y cultura moderna*. Trad. de Gilda Fantinati C. UAM-Xochimilco, México, 1990.
- Vigil, José María y Juan Híjar, *Ensayo histórico del ejército de Occidente*. Ignacio Cumplido, México, 1874.

36 *Ibid*, pp. 12-13.



San Juan Nepomuceno, escultura principal del esquinero izquierdo.